

Juanito no les hizo caso. Ya estaba acostumbrado. Pero las bur-las se fueron haciendo crueles.

— ¡Qué santito! Viene a rezar a su padre.

— Tu padre era tonto.

— Era como tú.

— Era un... Bueno, ya sabes: mi tío dice que tu madre le dejó un mes por otro.

— Si, se fué con otro.

Juanito no pudo resistir el horrible insulto que hacían a su padre en el mismo lugar donde reposaba. Se levantó con una piedra en la mano y golpeó la cara del muchacho que había dicho aquello que no comprendía bien, pero que sabía que era algo malo. Al instante, todos se abalanzaron sobre él y le golpearon sin tener en cuenta su debilidad. Las gafas saltaron de sus ojos y se rompieron contra una cruz de piedra. Juanito sólo vió sombras. Demonios invisibles que le traían de aquí para allá. Se defendía como podía, pero al fin tuvo que darse por vencido. Le dejaron allí, llorando, con la cabeza entre las manos.

Su llanto se fué extinguiendo lentamente. Recordó que aún no había rezado y se arrodilló. Luego, se levantó. Tenía frío. Medio sin ver, salió del cementerio. Anochecía, y un silencio casi material se extendía por los campos. Los árboles alargaban al cielo sus ramas desnudas, semejantes a manos de viejas. Juanito pensaba en la ciudad. La ciudad no estaba lejos. Podía ir si quería, lejos de este pueblo donde no tenía una mirada cariñosa, excepto la de Madre, a quien nadie falta. Después de pasar el puente con mucho cuidado, se detuvo y miró hacia atrás. La ciudad estaba tras aquellos montes azules. Sólo se tardaba unas horas. En la ciudad había tantas cosas... Juanito se volvió apresuradamente. Corrió. Sus ojos llenos de niebla tropezaron contra la baranda que rompió el buhonero. Cayó al agua. Allí se ahogó su última ilusión, y se marchó en silencio.

Al día siguiente los hombres recorrieron el río, buscando, y detrás iban los chicos, como quien va a una fiesta. En el cementerio, alguien había encontrado unas gafas rotas.

JOSE ANTONIO G.^a BLAZQUEZ

PAGINAS

ANTOLOGICAS

CASTILLA

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Palencia

—que llaman tierra de Campos lo que son campos de tierra—.

Hacen siete la familia: buhonero, buhonera,

los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una ciega.

En un carricoche renco, bajo la toldilla, llevan

unas pocas baratijas y unas pocas herramientas

con que componer paraguas y lañar vajilla en piezas;

tres colchoncillos de estopa, tres cabezales de hierba

y tres frazadas de borra: toda su casa y hacienda.

Cae la tarde. La familia marcha por la carretera.

Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre un teso se otea.

Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delantera.

Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca muerta.

El padre rige del diestro las borricas, a la recua.

Viste blusa azul y larga que hasta el tobillo le llega,

la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza.

A la zaga del carrillo, despeinada, alharaquenta,

ronca de tanto alarido, las manos al cielo abiertas,

los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.

Pasa la familia ahora junto al solar de las eras.

Este trilla, aquél aparva, tal limpia y estotro ahecha.

Un gañán, riendo, grita: «¿Hubo somanta, parienta?»

La familia sube al pueblo y acampa junto a la iglesia.

«¿Qué ocurre, buena señora? ¿Por qué así gime y reniega?»

«Mi fija que se me muere, mi fija la más pequeña.»

«¿Dónde está, que no la vemos?» «Dentro del carrico pena.

Anda más muerta que viva.» Nunca tal cosa dijera.

Van las mujeres de huida, clamando: «¡Malhaya sea!

La peste nos traen al pueblo. Echalos, alcalde, fuera.

Suban armados los mozos. Llamen al médico apriesa.»

El médico ya ha llegado. Mirando está ya a la enferma:

una niña de ocho meses que es sólo hueso y pelleja.

«Vecinas, ha dicho el médico, no hay peste, esto es, epidemia.

La niña se ha muerto de hambre. Y al que se muere lo entierran.»

«Lleva la bisutería; alma, vida, princesa.

Lleva la bisutería contigo bajo la tierra.

Pendientes de esmeralda en las orejas.

Al cuello el collar de turquesas.

En el pelo dorado, las doradas peinas.

Llévalo todo, todo. Nada, nada nos queda.»

Campanas tocan a gloria. Marchan por la carretera,

cruzando la tierra de Campos, desde Zamora a Palencia.

RAMON PEREZ DE AYALA

POESIA Y ARTE SOCIALES.

ALCANCE Y DEFINICIONES.

UNA MONEDA CON DOBLE PRECIO



Se habla, se discute de arte social sin antes definir bien las acepciones de esta expresión.

Desde que Pablo Neruda publicó su «Canto general» (1) y Leopoldo Panero le dirigió, como una carta abierta, el suyo personal (2), el tema de lo social en la poesía adquirió y sigue cobrando actualidad.

Este interés palpitante en revistas y en círculos de aficionados sobre lo social en la lírica se extendió a todos los campos del arte con ocasión de la II Bienal Hispanoamericana de Arte, celebrada en Cuba.

Poesía social la hubo en todos los tiempos de la literatura que cantó valores sociales como el trabajo o motivos heroicos de resonancia para toda una raza. Más reciente es la poesía socialista, el fenómeno del poeta sociólogo. Y esta historia empezó el día que el socialismo usó por primera vez de la literatura como un medio más para propagar su ideología.

En el Congreso de Escritores soviéticos (17-31 de Agosto de 1934) el realismo socialista quedaba declarado doctrina oficial del partido.

Después se ha hablado de literatura social en sentidos y direcciones distintas y hasta opuestas. Poetas sociales se ha llamado a algunos líricos—Gabriel Celaya y Blas de Otero—, porque se han hecho expresión de un tiempo en el que viven con sus semejantes. Y a Pablo Neruda, por hacer sociología poéticamente se le ha llamado con el mismo nombre.

Y aquí donde han sido frecuentes las discusiones y acaloradas las polémicas, no cabe una común inteligencia mientras no se deslinden los campos y se aclare la terminología.

Porque una palabra así, equívoca, es como una moneda de doble precio que anduviese de mano en mano, por el mercado de los hombres.

(1) NERUDA, PABLO: *Canto general*. (2.^a edic.) Méjico, 1949.

(2) PANERO, LEOPOLDO: *Canto personal*. Carta perdida a Pablo Neruda. Madrid, 1953.